

Rubén E. Nájera

1921

It was the best of times, it was the worst of times... –
in short, the period was so far like the present
period...

Dickens

1. El telón de fondo

Al iniciarse 1921 apenas habían transcurrido veintiséis meses desde el armisticio. La Europa colonial era entonces mucho más grande geográficamente que la actual península, reducida hoy a sus límites originales, de modo que la Gran Guerra, y sus secuelas, afectaban buena parte del mundo.

Para empezar, a partir de los tratados de Versalles, y los que le siguieron, la geografía europea se redibujaba, sobre todo bajo la visión de un Woodrow Wilson que perdía en casa la incidencia que había logrado en el otro lado del Atlántico. La nueva Europa había significado que Rusia, que había tenido su propia guerra interna con la Revolución, perdía Ucrania, Transcaucasia, Polonia, los estados bálticos y Finlandia; que Alemania, que llevaba apenas medio siglo de haberse unificado bajo la égida prusiana, perdía su imperio colonial, ahora redistribuido entre los aliados, sobre todo Gran Bretaña, y parte de su territorio local, ahora cedido a Dinamarca, Países Bajos, Polonia y Francia; que Austria se reducía a un pequeño estado y Hungría se independizaba; que Checoslovaquia y Polonia emergían consolidados, incluyendo el corredor que tantos problemas significó para la Segunda Guerra; que, en general, la frontera oriental se reconfiguraba; que el imperio otomano se reducía prácticamente a sus límites actuales y además emigraba, bajo Mustafa Kemal, a república (Haywood, 2011).

Los libros de historia subrayan reiteradamente el cambio radical del papel de Estados Unidos en la relación con sus aliados europeos. Actor tardío en la guerra y su principal beneficiario económico, actor clave en el proceso de pacificación, Wilson quedó políticamente debilitado en su país de modo que su gran proyecto pacificador y de futuro, la Liga de las Naciones, no obtuvo la aprobación de un Senado que ahora se le oponía. Enfermo, fue reemplazado en marzo de 1921 por un presidente republicano inocuo, Warren G. Harding, que cumplió con las aspiraciones de

reducir la participación del Estado al mínimo. Hasta la crisis de la bolsa, Estados Unidos practicaría el no intervencionismo, cobraría la deuda europea, blindaría su mercado interno con aranceles elevados, se dejaría llevar por la industrialización y el fordismo y dejaría actuar las iniciativas particulares adentro y afuera de sus fronteras (Grady & Gap, 1981).

En el Mediterráneo, Egipto se declaró independiente, aunque bajo control británico, el 28 de febrero; Grecia y Turquía se encontraban en medio de una guerra que adquirió rasgos étnicos y concluyó dos años después con la expulsión de los griegos de Asia Menor; en Marruecos los nacionalistas se alzaban contra la dominación francesa y española. En el norte el resentimiento irlandés contra los británicos aumentaba y llevaría al año siguiente a la independencia de la mayor parte de la isla. Entre 1920 y 1921 Polonia enfrentó y derrotó una invasión del Ejército Rojo.

El imperio británico, que todavía duraría unas décadas hasta después de la siguiente guerra, presenciaba la emergencia de movimientos nacionalistas en Canadá, Nueva Zelandia y Australia. La India, defraudada por la falta de cumplimiento de los compromisos de la metrópoli, no era la excepción y Gandhi lideraba ya el movimiento de no cooperación contra el Imperio. En China, el 5 de mayo, Sun Yat-sen establecía el gobierno del Kuomintang Nacionalista de China en Cantón y el Partido Comunista celebraba su primer congreso en Shanghái, en julio.

El signo peculiar del nuevo mapa europeo y mundial, bajo la influencia de Wilson, pero sobre todo en virtud de las dinámicas propias del mundo no europeo, respondía en todas partes a la convergencia de dinámicas locales y de la oportunidad del momento. Dos tendencias, nacionalismo y reorganización geográfica, tendrán ecos en todas partes, por el resto del siglo, incluida la América Central (Hutchinson & Smith, 1994).

La población mundial se acercaba al segundo millardo y el mundo daba muestras de inestabilidad por todas partes, pero los optimistas, particularmente los líderes aliados como George Lloyd, veían este momento como la era de oportunidad para el capitalismo, con la democracia liberal como su principal y natural contrapeso (Fisher, 2011).

Para los pesimistas era obvia la imposibilidad de volver al equilibrio económico de 1914, afectado por el virtual abandono del patrón oro, con un libre comercio limitado, con dependencia de la deuda británica y francesa con Estados

Unidos, con la dificultad de reconstruir los mercados y la industria, con la carga de la pobreza y el desempleo en Europa oriental y del sur y con el fracaso parcial de la Liga de las Naciones (Mazawer, 1998). Las condiciones en que había quedado Alemania, que debía empezar a pagar sus ingentes reparaciones de guerra precisamente ese año, no garantizaban un buen desenlace, como tampoco lo hacía el nombramiento de Mussolini como primer ministro de Italia el 27 de octubre (Time - Life Books, 1989).

En pocas palabras, en 1921 el mundo encajaba en una época como la que Dickens había descrito en el inicio de la *Historia de dos ciudades*.

2. La escena y los actores

Según Bulmer-Thomas, 1921 no fue un buen año para las economías centroamericanas. Tras un auge de postguerra por la recuperación de los mercados europeos y del transporte marítimo, ese año se registraron caídas en los precios del azúcar y del café, mientras que los del banano permanecieron estables. Las consecuencias para los países variaron en consonancia con su participación en estas exportaciones y de sus políticas monetarias: poco en el caso de los países más bananeros, Costa Rica y Honduras; bastante en el caso del café nicaragüense; lo suficiente para neutralizar los beneficios de la estabilidad bananera en lo que toca a las exportaciones de oro de Honduras y Nicaragua; serio para las exportaciones de El Salvador y Guatemala. El tipo de cambio habría afectado también diferencialmente a los países: el cambio fijo de El Salvador, Honduras y Nicaragua afectó exportaciones e importaciones por igual; el cambio variable de Guatemala y Costa Rica afectó menos las importaciones, pero produjo déficit fiscal e inflación. Y todos sufrieron en términos del pago de la deuda, aunque solo El Salvador tuvo que recurrir a la moratoria (Bulmer-Thomas, 2011).

Inestabilidad monetaria, modelo exportador en proceso de consolidación, crecimiento interno desequilibrado, son algunos de los elementos que subrayan, en todo caso, que en términos de economía política los antiguos países de la Unión centroamericana manifestaban diferentes comportamientos. 1921 era, tanto en términos económicos como políticos, un año de transición; los próximos años serían aceptablemente pacíficos y estables, aunque introspectivos, con pocos momentos de excepción

En general, estabilidad y economía estarían condicionadas por una relación entre las nuevas clases terratenientes, productoras de café, y la inversión británica y estadounidense en las empresas productoras de banano, los ferrocarriles y la generación de energía (Hall & Brignolli, 2003). Entre el inicio de la Gran Guerra y 1921, el peso de las inversiones británicas y estadounidenses variaría en detrimento de la primera y beneficio de la segunda, pero en ese año se veían bastante equilibradas, con un monto total mayor en Guatemala y más bajo en Nicaragua y con los demás países en situación intermedia (Dunkerley, 1988).

La estabilidad política era producto de la economía y de las clases y grupos que generaba: el control de los terratenientes era mayor en El Salvador y Costa Rica, en función del auge del café; Nicaragua y Honduras permanecerían inestables hasta los treinta y el café no ayudaría al desarrollo de elites sólidas en esos países; Nicaragua, que había sido ocupada por Estados Unidos en 1912, continuaría en esa situación de tutelaje directo hasta 1925; Honduras no lograría desarrollo urbano ni contrapesos a la industria bananera y al ferrocarril. En principio todos los países recurrirían a elecciones libres, aunque la habilidad de los gobernantes radicaba en su manejo de la policía y el ejército para fines represivos y para condicionar las urnas, tanto como para sus relaciones con las elites y las economías de enclave (Hall & Pérez-Brignolli, Historical Atlas of Central America, 2003).

En 1921, los gobiernos se encontraban en las siguientes manos:

- 1) En Guatemala gobernaba Carlos Herrera, un conservador democrático, electo apenas en octubre de 1920 luego de los procesos que llevaran al desaforo de Manuel Estrada Cabrera, tras una dictadura de veintidós años. Herrera estaba comprometido con el movimiento unionista, que se verá en la próxima sección, y cuestionaba el estatus de la inversión extranjera en su país, por lo que su gobierno no concluiría el año y sería derrocado por un triunvirato militar liberal en el mes de octubre.
- 2) El Salvador había logrado una situación estable, controlada por los terratenientes productores de café, que se mantendría hasta después de la crisis de la bolsa, con la alternancia en el poder, desde 1911, de dos familias, la Meléndez y la Quiñonez. (Dunkerley, 1988). Desde marzo de 1919 gobernaba Jorge Meléndez Ramírez, cargo que había recibido de su cuñado Alfonso Quiñónez a quien lo entregaría de nuevo cuatro años después.
- 3) En Honduras se había llegado a una alineación de dos partidos, el Liberal y el Nacionalista, que entraría en conflicto en 1924, y el gobierno funcionaba

bajo la égida de la UFCo. Rafael López Gutiérrez presidía luego de unas elecciones tuteladas por Estados Unidos en 1915, y había enfrentado conflictos internos en los años recientes.

- 4) Nicaragua tuvo presencia militar entre 1912 y 1925 lo que, entre otras cosas, condujo al colapso de la Corte Centroamericana de Justicia. Durante los veinte no experimentó crecimiento significativo; ni el café ni la economía de enclave tuvieron el peso que lograron en los otros países, y el Tratado Bryan – Chamorro, firmado en 1914 y ratificado en 1916, la sometía a condiciones extremas con Estados Unidos: concesión a perpetuidad del derecho al canal interoceánico, para prever la competencia con el de Panamá; usufructo de las islas Corn por noventa y nueve años; y base naval en el golfo de Fonseca bajo legislación estadounidense. El pago efectuado por Estados Unidos (US\$ 3 millones) había ido directo al pago de la deuda con ese país (Dunkerley, 1988). En esas condiciones gobernaba, desde el 1º de enero de 1921, Diego Manuel Chamorro, conservador.
- 5) Costa Rica, finalmente, acababa de concluir una fase conflictiva de su historia política. En 1917, a consecuencia del impacto económico de la guerra, el presidente Alfredo González Flores había decretado impuestos a la renta y a la propiedad y había intervenido el sistema bancario, por lo que fue derrocado por su Secretario de Guerra, Federico Tinoco Granados. En 1919 Tinoco, en virtud de sus malas relaciones con la UFCo y con Washington (en Versalles, Wilson había negado la existencia política de Costa Rica) abandonó el país. Siguió un gobierno provisional, a cargo de Francisco Aguilar Barquero, que a su vez fue sustituido, electoralmente, por Julio Acosta García, que dirigía la oposición desde Nicaragua y apoyaría el unionismo (Hall & Pérez-Brignolli, Historical Atlas of Central America, 2003).

Tal el disperso mosaico político y económico de Centroamérica en 1921, dos años y dos meses después de concluida la Gran Guerra. Las tendencias latentes se definirían en los años por seguir, incluyendo el crecimiento económico y la estabilidad en el marco de regímenes débilmente democráticos, asociados a la economía exportadora y de enclave y bajo el área de influencia del Canal de Panamá. Una tendencia que se agotaría precisamente ese año sería la de los intentos de reunificación.

3. El argumento

Importa reiterar que desde principios de siglo toda la región vivía, geopolíticamente hablando, bajo el signo del Canal de Panamá y por lo tanto bajo la virtual tutela de Estados Unidos que asignaba al proyecto canalero, además de las obvias, la función de estabilizar políticamente a Centroamérica (McCullough, 1977). La Gran Guerra había diferido el impacto internacional del Canal, inaugurado en 1914, pero de cualquier forma su construcción había forzado a los cinco países de la antigua Federación a entrar en una nueva época de relaciones que prácticamente proscribió los intentos de reunificación por la fuerza. En 1906 los países centroamericanos se habían embarcado, sin tener plena conciencia del cambio de tendencia, en un nuevo modelo: habían acordado, frente a las costas de El Salvador, a bordo del *Marblehead*, un navío estadounidense, bajo la mirada de representantes de ese país y de México¹, los primeros esbozos que, varias reuniones después, darían pie a un tratado de paz, amistad y comercio y otros cinco que suscribirían los cinco países el año siguiente en Washington (Karnes, 1961)². De la conferencia de paz de Washington se derivaron acuerdos sobre extradición, para la construcción de un ferrocarril centroamericano, para la realización de conferencias anuales y para constituir una Oficina Internacional, un Instituto Pedagógico y una Corte Centroamericana que funcionaría por un período inicial de diez años.

Aunque el énfasis de estos nuevos esfuerzos seguía siendo el de la unidad política, la modalidad adoptada bajo la influencia estadounidense difería sustancialmente de los intentos de unificación de la segunda mitad del siglo diecinueve. Los rasgos de esta modalidad estaban dados por un aparente abandono de la idea de que los cinco países debían integrarse federalmente en uno solo, hecho que parecía cada vez más remoto y ante el cual, sin duda, Estados Unidos sentía poca confianza, sobre todo debido a la importancia que la estabilidad política revestía para el éxito de la empresa del Canal. En este sentido, el modelo es estático, no promueve profundización ni avance hacia una meta ulterior. Los tratados dieron la pauta para la conformación de un modelo institucional formal, asociativo, que constituye, de hecho, el primer antecedente de los procesos de 1951 y, en buena

¹ Para Estados Unidos, dice Arturo Taracena Arriola, la estabilidad significaba evitar que la revolución mexicana se replicara en Centroamérica (Taracena-Arriola, 1994).

² En los párrafos siguientes se sigue, abreviadamente, la línea narrativa de Thomas Karnes, cuya obra recoge detalladamente todos los fallidos esfuerzos de unificación y reunificación regional desde 1824 hasta 1960, año de la suscripción del Tratado General de Integración Económica Centroamericana. Se cita la edición original, pero una traducción al español fue publicada posteriormente por el ICAP.

medida, de 1991. Las instituciones acordadas en los Tratados de Washington cubrían tres de los aspectos más importantes de las relaciones entre los países centroamericanos: el problema educativo, una *idée fixe* de dirigentes progresistas desde la independencia y que debía haberse hecho más evidente en el umbral de la Revolución Tecnológica y de las transformaciones de la organización económica regional; el fortalecimiento de la capacidad negociadora conjunta de los países en el mercado mundial; y la solución pacífica de conflictos entre los países. La agenda de principios de siglo difería poco de la actual.

El éxito de este primer esquema fue relativo y parcial. Así, ni el Instituto Pedagógico ni las tres "escuelas prácticas" regionales (para agricultura en El Salvador, para mecánica y minería en Honduras, y para artes y oficios en Nicaragua) se concretaron. Por el contrario, la Oficina Internacional Centroamericana, OICA, fue creada en Guatemala en 1908 y operó hasta 1923. Inicialmente se planteó funciones que superaban las propuestas originales: la unificación pacífica de la región, la uniformización de la educación pública, el desarrollo y expansión del comercio, el fomento de la agricultura y la industria, la uniformización del sistema legal, y la mejoría en el nivel de vida de la población. En 1910 las funciones de la OICA se redujeron y operó durante los siguientes trece años como organizadora de reuniones anuales, como editora de una revista ("Centroamérica") y como supervisora del canje monetario. Las reuniones anuales de los gobiernos se realizaron entre 1909 y 1914, año en que se suspendieron por las dificultades que planteaba la ratificación de los acuerdos que se adoptaban.

La Corte Centroamericana, por su parte, es un caso muy especial en la historia regional. En 1908 permitió resolver, por la vía pacífica (algo virtualmente sin precedentes en Centroamérica), un conflicto entre varios países³. En 1912, la Corte actuó en relación con la intervención de Estados Unidos en Nicaragua. Dos años después, Estados Unidos y Nicaragua firmarían el tratado Bryan-Chamorro, mencionado arriba, que los demás países consideraron lesivo para la región. Tanto El Salvador como Costa Rica acudieron a la Corte y un dictamen favorable a esos países determinó la denuncia de Nicaragua y la disolución de ese organismo⁴.

³ Ese año, Honduras acusó a Guatemala y El Salvador de apoyar una revuelta contra el gobierno de aquel país, a raíz de lo cual Nicaragua pidió la intervención de Costa Rica. La Corte fue convocada y el caso se ventiló en medio de un clima tenso, que incluía la amenaza de intervención directa de Estados Unidos y el rechazo abierto de Costa Rica a esa intervención, pero lo inusual fue el hecho de que todos los países acataran, en último término, el veredicto de la Corte (Karnes, 1961).

⁴ Alberto Herrarte fue un analista exhaustivo de la Corte (Herrarte, 1964).

En consecuencia, de este esquema institucional, que se trataría de recuperar sin éxito dos años más tarde, sólo sobrevivía en 1921 la Oficina Internacional, OICA, en un papel bastante reducido pero con suficiente capacidad para continuar jugando un papel en las iniciativas que todavía se dieron ese año.

El unionismo, por su parte, fue un movimiento de carácter más bien intelectual, originado en la Sociedad El Derecho en 1899. La Sociedad había sido constituida por estudiantes guatemaltecos como una reacción intelectual a la guerra de 1898 entre Estados Unidos y España, que finalizó la presencia colonial de ésta en América, pero también estaba motivada por el historial de fracasos de los frecuentes intentos de reconstitución federal que habían llegado a un clímax con la Campaña Nacional de Barrios en 1885.

El movimiento, que maduró a lo largo de las dos primeras décadas del siglo, partía de la tesis de que las diferencias políticas de las burocracias nacionales centroamericanas, lejos de haber favorecido la unión regional, había propiciado su disolución. Por lo tanto, la unión sólo podía alcanzarse mediante un movimiento popular basado en la educación. En poco tiempo, la Sociedad contaba con capítulos nacionales en todos los países y, en 1904, dio lugar a la creación del Partido Unionista que planteó, acaso académicamente, la disolución de las fronteras existentes y su sustitución por una organización política basada en diecinueve divisiones regionales que reflejasen efectivamente comunidad de condiciones físicas, culturales, sociales y económicas, y un distrito central⁵.

En 1920 el Partido Unionista contribuyó, pacíficamente, al desaforo de Estrada Cabrera. El mismo año, la OICA convocó a una reunión centroamericana que condujo a la suscripción, en San José, de un tratado que creaba la Federación de Centroamérica y un Consejo Federal Provisional (sin la participación de Nicaragua a consecuencia del tratado Bryan-Chamorro). El tratado fue ratificado por Guatemala, El Salvador y Honduras, mientras en Costa Rica fue objeto de debate. El mismo año, el Partido realizó una convención en Santa Ana (El Salvador).

⁵ En la carátula del libro *La enfermedad de Centro-América*, escrito por Salvador Mendieta, uno de los fundadores del Partido, figura una reproducción del mapa que propone la división política de esta utópica República Federal de Centroamérica. La reproducción figura en el Tomo V de la *Historia General de Guatemala* (Herrarte, Los intentos de reunificación en Centro América, 1996). La tentación del autor de este artículo de vincular estas propuestas a la reconstitución del mapa mundial como consecuencia de los tratados de Versalles y los que le siguieron a consecuencia de la finalización de la Gran Guerra, es grande. Al final de cuentas, la visión de Wilson y la de los unionistas no es diferente y se basa en una combinación de lo que hoy llamaríamos el destino geográfico y las identidades nacionales fortalecidas a partir de la postguerra. El autor no ha encontrado ninguna sugerencia en este sentido, pero seguramente es un territorio interesante a explorar.

El derrocamiento de Carlos Herrera en octubre de 1921 dio al traste con ambos movimientos: el de la nueva federación, una más, como dice Karnes, en la larga lista de intentos en la historia centroamericana, y el del Partido Unionista mismo, que se disolvió en los años siguientes bajo la presión de un contexto político que retomaba la línea liberal bajo crecientes signos de menores libertades políticas.

En este sentido, 1921 cuenta como un año extraordinario en la construcción del concepto de Centroamérica aunque cierra una época. En las siguientes tres décadas, con algunos intentos menores que se agotan hacia 1924 o 25, el tema de la unificación se eclipsará, salvo en el discurso, ante el peso de países que se hacían crecientemente introspectivos.

4. El espectáculo

Para el Partido Unionista, estrechamente vinculado al efímero presidente de Guatemala, 1921 fue el año de conmemoración del primer centenario de la independencia de Centroamérica que, pese a las limitaciones económicas del momento, se llevó a cabo a una escala significativa para la época.

La noción de que todos los países se identificaban de la misma manera con esta efeméride, sin embargo, requiere destacar algunos matices importantes, puesto que al parecer los primeros cien años de independencia no habían logrado que se asumiera esta fecha de nacimiento común como ahora lo hacemos. En principio, mucho tiene que ver con lo que realmente ocurrió en 1821, con la forma en que fue incorporado ese complejo y poco analizado período entre 1810 y 1824 en las historias nacionales de los países centroamericanos y con la forma en que actores, eventos y fechas habían sido registrados y procesados por cada imaginario nacional y se habían mezclado con la historia reciente de revoluciones liberales.

Como lo hace patente Horacio Cabezas Carcache (Cabezas-Carcache, 2010), cuya obra, junto con la de Mario Vásquez Olivera (Vásquez-Olivera, 2009), es importante visitar, la mitología del 1821 está condicionada, incluso a la fecha, por la narración que de la independencia hizo el período liberal, con cuyos rasgos nacionalistas tiende a fusionarse⁶. Si para el ciudadano actual los eventos son remotos y han sido

⁶ Cabezas Carcache se refiere, aunque no las enumera, a las obras de Ramón A. Salazar (*Los hombres de la independencia* e *Historia de veintiún años, la independencia de Guatemala*, entre otras) y de Lorenzo Montúfar (sobre todo la *Reseña histórica de Centroamérica*), que habrían difundido «una versión *sui generis* del proceso independista», así como a la obra de José Antonio Villacorta Calderón, *El Curso de*

sobresimplificados, para los contemporáneos del período de independencia fueron en el mejor de los casos sumamente confusos y para los del siglo que siguió una continua reinterpretación que terminó por diluir cualquier objetividad histórica.

En otras partes del continente, como en México, la independencia se conmemora a partir del momento en que las luchas contra la corona española dan inicio, lo que ocurre poco después de la invasión napoleónica a la península, en las cercanías del 1810 (Galeana, 2010). Centroamérica no es la excepción: los primeros eventos datan de 1811 y se dan en El Salvador y en Nicaragua, y es probable que en Guatemala en 1813 (la duda sobre su naturaleza permanece). La irrupción del Plan de Iguala y el proyecto imperial mexicano de 1822 nos afecta particularmente, pero tampoco su significado está correctamente comprendido. ¿A qué tipo de independencia se hacía referencia? De hecho el Plan de Iguala rompía con la Constitución española de 1812 y convertía al virreinato en una reserva para que la corona española lo asumiera cuando se liberara de esa Constitución. El Acta de Independencia de Guatemala también es lacónica y no deja claro a qué tipo de independencia se refiere; firmada por trece personas no parece tener legitimidad para muchos. La ratificación de los ayuntamientos y cabildos es lenta, las juramentaciones incompletas, las posiciones del resto del reino poco claras (¿Es una independencia total o solo tendrá efecto en lo que España y México resuelven su relación con la constitución de 1812? ¿Nos están consultando o ya fue decidido? ¿Y si optamos por otras posibilidades?) (Estrada-Monroy, 1977). Incluso la anexión al imperio de Iturbide es poco clara y hasta se tiene la impresión de que no fue asumida por todos, no por oposición sino porque no alcanzó a proyectarse realmente a todo el territorio.

Son demasiadas dudas y muchas incoherencias. Los nuevos ciudadanos centroamericanos de esa época no estaban claros de lo que ocurría. Además, acto seguido, en 1823, el reino se embarca de hecho en la aventura federal, que será convulsa, estará llena de escaramuzas y guerras y hacia la década de los cuarenta

historia de la América Central, de 1915. Rescata el *Bosquejo histórico de las revoluciones de Centroamérica desde 1811 hasta 1834*, de Alejandro Marure, publicada en 1837 (Cabezas-Carcache, 2010). Curiosamente no hace referencia a la obra de Antonio Batres Jáuregui (*La América Central ante la historia*). Si la historia liberal abunda, la conservadora nunca llegó a concluirse; José Milla y Vidaurre y Agustín Gómez Carrillo contribuyeron con extensos volúmenes a una historia que nunca superó el período colonial. Descripciones más precisas de la producción bibliográfica de estos autores, imposibles de encontrar salvo en algunas bibliotecas privadas, se encuentra en el *Diccionario Enciclopédico de Guatemala*, de Jorge Luis Arriola (Arriola, 2009).

terminará en una disolución gradual que conducirá a estados que se independizan unilateralmente y en distintas fechas.

Es obvio que las nuevas naciones tienen problemas para establecer sus partidas de nacimiento y para consolidar su ideario nacional, agujereado constantemente por los siempre frustrados esfuerzos de reunificación.

Así, 1871 no parece haber concitado mayor interés como aniversario del primer cincuentenario de la independencia, lo que es muy significativo. Lo que es cierto es que en torno a esa fecha, concluido económica y políticamente el ciclo conservador, son las reformas liberales las que ocupan gradualmente el escenario y lo copan para finales de siglo, con la ascensión de Santos Zelaya. Es claro que el triunfo liberal y su impulso modernizador son interpretados como la consumación de la independencia, implican la percepción de que el período conservador ha sido una prolongación del poder colonial y proveen una legitimización bélica que el proceso de 1821 no habría tenido.

El caso guatemalteco, que consuma su revolución precisamente cincuenta años después de la supuesta independencia, es paradigmático: los ideólogos liberales (Villacorta, Montúfar, Batres Jáuregui) reescriben la historia y los nuevos gobiernos establecen insignias nacionalistas que rompen de distinta forma con la herencia española. Así, el escudo de armas renuncia a la simbología masónica de la Federación (pirámides, volcanes, gorros frigos) pero incorpora fusiles y sables (Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala, 1971) y el himno es redactado por un patriota cubano que en su momento todavía promueve la independencia de España y es protegido de los caudillos liberales de Guatemala y Honduras⁷.

Con estas reinversiones de la historia y del imaginario independentista (además del efecto de la guerra de 1898 entre Estados Unidos y España y, luego, hasta del sentimiento antiyanqui de la postguerra), algunos de los países centroamericanos están en posición de asumir las efemérides.

La primera celebración documentada del centenario de la independencia no se refiere, precisamente, a 1821 sino a 1811, y se da en El Salvador en 1911. Según una crónica de 2011, las «fiestas del Centenario» se celebraron en noviembre de ese

⁷ Musicalmente, el himno de Guatemala tiene una cadencia ceremonial, no marcial, y una métrica heroica que se repetirá después en el Himno a Centroamérica de Arévalo Martínez y Castillo. El texto original de José Joaquín Palma, un excelente poeta, es bélico, patriótico, desafiante, pero será mediatizado totalmente por José María Bonilla Ruano en 1934, para dejarlo en las condiciones menos agresivas del texto actual (Arriola, 2009).

año y «ni las fiestas del centenario de la independencia, realizadas en 1921, tuvieron tanto esplendor»; en este marco se inauguró el monumento a los próceres en la Plaza Libertad y se «provocó una “reelaboración” de la historia nacional, cuyos productos, ... terminaron perfilando una interpretación de la independencia, en la cual se resaltó en sumo grado la precocidad de los movimientos independentistas salvadoreños, y la vocación libertaria y republicana de los próceres» (López-Bernal, 2011). Además de la inauguración del monumento, el cronista cita, a lo largo de una celebración de cinco días, publicación de revistas, congresos obreros y de estudiantes, misas, banquetes, conciertos, banquetes, bailes, carreras, desfiles. La afirmación nacionalista, la primicia, no solo tiene un sentido interno sino seguramente deja patente que la memoria de los conflictos también centenarios entre los estados centroamericanos permanece, en particular probablemente en la relación entre El Salvador y Guatemala. En todo caso, ése es un análisis que falta.

No es improbable que Nicaragua, más localmente, haya realizado también eventos conmemorativos relativos al 1811, pero el autor no ha encontrado referencias.

La celebración guatemalteca de 1921 es sin duda la de mayor escala. Propiciada por el Partido Unionista y patrocinada por un presidente conservador pero convencido del ideario de la unión, se llevó a cabo en todo el país, pero sobre todo en la capital, que todavía ese año no había terminado de retirar los escombros de los terremotos de 1917-18 (Peláez-Almengor, 2008). Una de las víctimas de los sismos había sido precisamente el Palacio de los Capitanes Generales, que se había derrumbado, y en cuyo lugar se construyó, aceleradamente, un nuevo Palacio, llamado por el uso de materiales perecederos, «Palacio de cartón», en rigor un salón de actos decorado con restos del Teatro Colón y con capacidad para albergar tres mil personas, que se incendiaría en 1925; un pórtico donado por la colonia china; un pabellón oriental donado por la colonia italiana; un reloj del centenario (que todavía se conserva); los campos de la feria y el hipódromo; una campana conmemorativa con efigies de algunos próceres... Todas son referencias físicas para ilustrar un programa de ceremonias y fiestas que abarcó once días y que incluyó toda la parafernalia posible para la época: recepción, banquete, baile, opereta, conciertos, develación de retratos de próceres, lectura del Acta de Independencia (cuyo original estaba perdido en esa época), competencias atléticas (los Juegos Atléticos Centroamericanos, con participación de varios países), feria ganadera, carreras de caballos, exposición de artes e industrias, exposición de bellas artes, inauguraciones (del Hospital General y de la estatua de José María Reina Barrios que, se decía,

originalmente era de Francisco Morazán), el estreno del Himno de (sic) Centroamérica. Largos preparativos, buena convocatoria si ha de creerse a las crónicas, y un gasto importante. Los eventos se replicaron en varias de las cabeceras, tuvieron participación de otros países de la región (aunque no hay precisiones sobre eso) y hay evidencia de una actividad comercial orientada al evento (Muñoz-Paz, Hernández, & Gutiérrez, 2014). Menos de tres meses después el presidente Carlos Herrera era depuesto.

Otros países fueron más circunspectos o los textos alusivos son más lacónicos. Un informe académico indica que en Honduras se programaron actividades en todo el país pero es poco preciso en el tipo de eventos (desfiles, cabalgatas, uso de trajes de época, teatro, construcciones, actos protocolarios, discursos (Bardales & Lemus, 2019). De Nicaragua no se han encontrado referencias específicas, pero es claro que los tiempos eran complicados y que ese país había quedado fuera de las iniciativas de unión en virtud de las condiciones del Tratado Bryan- Chamorro.

En Costa Rica, una fotografía de época muestra una nutrida multitud en el evento del 15 de septiembre en la plaza entre el Teatro Nacional y la estatua de Juan Federico Mora. La *Revista de Costa Rica* publicó una edición del centenario que recapitulaba sobre la historia del proceso de independencia desde la perspectiva de Costa Rica e identificaba a los próceres de su independencia (Revista de Costa Rica, 1921). El recuento pone en evidencia, como se hizo notar arriba, que el proceso mismo de 1821 no había sido percibido tan claramente como lo creemos, que las comunicaciones entre la región más al sur del antiguo reino y la metrópoli no eran ágiles y que los eventos no fueron asumidos de la misma forma. Esta conclusión es válida para el resto de países.

5. Epílogo: La música incidental

Es probable que 1921 haya contribuido a fijar en todos los países de Centroamérica el dato común de la independencia de 1821, bajo una versión y una imaginaria de construcción reciente. Es probable que la fecha no haya sido tan definitiva en todas partes, que la adopción generalizada haya tomado más tiempo y que cada país tenga historias particulares. Es probable que, conforme la imposición y la posibilidad de la unión se fueron disipando, se hiciese más fácil negociar este dato común.

No se trata, por supuesto, de un símbolo vacío. En la adopción de una fecha común de nacimiento, la que de alguna forma nace es Centroamérica, no la Federación, que tiene sus propias fechas de nacimiento y defunción (aunque éstas sean dispares). La ausencia de un concepto común de Centroamérica es, probablemente, un problema más serio que el de los fracasos de la unión, que solo debió entenderse como el método para alcanzarlo.

En 1904 había llegado a Guatemala Jaime Sabartés. Tenía veintitrés años, era catalán, venía a trabajar como dependiente en la tienda de su tío. En su adolescencia había formado parte del grupo de Picasso. Viajó a Nueva York por un año, en 1912. Volvió a Guatemala y entre 1913 y 1920 vivió en Quetzaltenango y en Guatemala. «Escultor, novelista y periodista», dice Jorge Luis Arriola (Arriola, 2009). En Guatemala escribió y publicó, atrajo e influyó a nuevas generaciones de artistas e intelectuales, muchos de los que viajarían a Europa en los años subsecuentes. A su propio retorno a Europa en 1920, Sabartés se convertiría en el secretario perpetuo de Picasso. No significa que su presencia haya promovido una revolución, ni que haya sido causa de un movimiento, ni un profeta; solo se trata, acaso, de pensar que ayudó a crear puentes entre este país introspectivo, sometido a la dictadura, y el mundo exterior que en esa época también se reinventaba.

La medalla conmemorativa de la independencia ordenada por el artículo 16 del Acta de 1821 fue acuñada en 1822. En su reverso se ve a un ángel rompiendo las cadenas que atan al viejo y el nuevo mundo, tal vez una referencia a los pilares de Hércules del escudo de Carlos V. Tal vez (Prober, 1957). El hecho es que un siglo después, en las postrimerías de la Gran Guerra, que también afectó a este istmo, hay una necesidad de ciertas clases, de ciertos grupos, de retomar el contacto con el mundo. Es el ejemplo de Sabartés.

Como parte de las actividades del bicentenario, el Comité de Festejos había convocado a un concurso para adoptar un himno a Centroamérica. El concurso para el texto fue declarado desierto; el Comité adoptó un texto escrito por Rafael Arévalo Martínez y sometió a concurso la música, que finalmente fue adjudicada a Rafael Castillo. Rafael Castillo era un buen compositor, serio, formado en la tradición del romanticismo, pero su obra, salvo por una sonata para piano, parece haberse perdido. Arévalo Martínez fue más afortunado: al menos algunos de sus relatos permanecen, mantiene renombre internacional como narrador y como poeta; en la época su estilo correspondía al modernismo, brillante, exuberante, grandilocuente. El himno tiene el mérito –¡gran mérito!– de no ser un himno de guerra; sus

metáforas y sus imágenes invocan la agricultura, el trabajo, la paz, y su métrica heroica (pies antidáctilos), sus octavas italianas de arte mayor y los serventesios de sus coros, inducen la música ceremonial y procesional, solemne, que el compositor encajó perfectamente.

Había la posibilidad de otro mundo, otro espíritu flotaba en el ambiente.

En 1921 la historia no les hizo justicia y probablemente aplazó las posibilidades de Centroamérica por un buen tiempo.

Guatemala, 5 de septiembre de 2020

Referencias

- Arriola, J. L. (2009). *Diccionario Enciclopédico de Guatemala*. Guatemala: Editorial Universitaria, USAC.
- Bardales, A., & Lemus, M. (2019). Remembranzas del Centenario de Independencia de Centroamérica 1921. *Revista Estudios*.
- Bulmer-Thomas, V. (2011). *La economía política de Centroamérica desde 1920*. Guatemala: Biblioteca Básica de Historia de Guatemala.
- Cabezas-Carcache, H. (2010). *Independencia centroamericana: Gestión y ocaso del "Plan Pacífico"*. Guatemala: Editorial Universitaria, Universidad de San Carlos de Guatemala.
- Dunkerley, J. (1988). *Power in the Isthmus - A Political History of Modern Central America*. Verso.
- Estrada-Monroy, A. (1977). *Hombres, fechas y documentos de la patria*. Guatemala: Editorial José de Pineda Ibarra.
- Fisher, H. (2011). *A History of Europe - III. The Liberal Experiment*. London: Folio Society.
- Galeana, P. (2010). *Historia Comparada de las Américas - Sus procesos independentistas*. México: Siglo XXI.
- Grady, J., & Gap, P. (1981). *The Columbia History of the World*. Harper & Row.
- Hall, C., & Pérez-Brignolli, H. (2003). *Historical Atlas of Central America*. University of Oklahoma Press.
- Haywood, J. (2011). *The New World Atlas of World History - Global Events at a Glance*. Thames & Hudson.

- Herrarte, A. (1964). *La unión de Centroamérica: Tragedia y esperanza*. Guatemala: José de Pineda Ibarra.
- Herrarte, A. (1996). Los intentos de reunificación en Centro América. En J. Luján-Muñoz, & J. D. Contreras, *Historia General de Guatemala. Tomo V: Época Contemporánea: 1898-1944* (pág. 87 ss.). Guatemala: Asociación de Amigos del País. Fundación para la Cultura y el Desarrollo.
- Hutchinson, J., & Smith, A. D. (1994). *Nationalism*. Oxford University Press.
- Karnes, T. L. (1961). *The Failure of Union - Central America 1824-1960*. Chapel Hill: The University of North Carolina Press.
- López-Bernal, C. G. (2011). Crónica de las fiestas del Centenario en 1911. *El Faro.net*.
- Mazawer, M. (1998). *Dark Continent - Europe's Twentieth Century*. Vintage Books.
- McCullough, D. (1977). *The Path Between the Seas - The Creation of the Panama Canal 1870-1914*. Simon & Schuster Paperbacks.
- Muñoz-Paz, M. d., Hernández, O. O., & Gutiérrez, J. M. (2014). *Carlos Herrera y el centenario de la independencia. Política, economía y sociedad en Guatemala, 1920-1921*. Guatemala: DIGI, USAC.
- Peláez-Almengor, O. (2008). *El pequeño París*. Guatemala: CEUR, USAC.
- Prober, K. (1957). *Historia Numismática de Guatemala*. Guatemala: Banco de Guatemala.
- Revista de Costa Rica. (1921). La independencia de Costa Rica. *Año 3, No. 1*, 3 ss.
- Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala. (1971). *Historial de las Insignias de Guatemala*. Guatemala: Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala.
- Taracena-Arriola, A. (1994). Liberalismo y poder político en Centroamérica (1870-1929). En V. H. Acuña-Ortega, *Historia General de Centroamérica: IV. Las repúblicas agroexportadoras* (pág. 167 ss.). San José: FLACSO.
- Time - Life Books. (1989). *WWII - History of the Second World War*. Prentice Hall Press.
- Vásquez-Olivera, M. (2009). *El Imperio Mexicano y el Reino de Guatemala - Proyecto político y campaña militar, 1821-1823*. México: Fondo de Cultura Económica, UNAM.